

“Universidad e Investigación: Reflexiones acerca de la constitución identitaria disciplinar en la formación antropológica”

Bensi, Ana Celeste; Benzi, Marina; Bianchi, Silvia; Brugé, Luciana; Caussi, Ana Cristina; Espósito, Guillermina; Franquelli, Carla; García, Lorena; Gerbotto, Mariana; González, María Paula; Jaurrette, María José; Oviedo, Mariano; Pereira, María del Luján; Prádanos, Virginia; Ravenna, Eleonora; Rimini, María Carolina; Salinas, Lucía y Silva, María Luz.

Presentación:

Este trabajo constituye una “puesta por escrito” de un conjunto de reflexiones que venimos haciendo quienes nos encontramos cotidianamente en los distintos espacios de la universidad.

Encontrar-nos en palabras como “crisis”, “desencanto”, “disconformidad” construyen un lenguaje que interpela la necesidad de buscar alternativas a esta universidad que -en el presente- genera un importante “malestar”. Desde una apuesta a formas académicas de producción superadoras del individualismo... creemos que las convocatorias más movilizantes surgen de la necesidad de reflexionar sobre nuestras actuales prácticas dentro del espacio académico.

Con el interés de abrir un ámbito de reflexión colectiva en el contexto de las “4tas. Jornadas Rosarinas de Antropología Sociocultural” desarrollamos en el transcurso de los meses de mayo y junio, cuatro talleres con la participación de veinte estudiantes que se encuentran cursando la segunda mitad de la carrera de antropología de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, bajo la coordinación de la Lic. Silvia Bianchi.

En este espacio de reflexión logramos construir los siguientes ejes problemáticos

1-Evaluación de las diferentes prácticas de investigación en la formación de campo en la universidad.

2-El lugar del “saber-otro” en dichas prácticas.

3-Relaciones entre las prácticas de investigación y las distintas políticas sociales del estado (municipal; provincial y nacional).

La dinámica de trabajo tuvo en cuenta la reflexión acerca de dos instancias previas de investigación:

* El avance de tesinas realizadas sobre la problemática actual de la universidad.

* Las distintas problemáticas sociales abordadas en los ejercicios de investigación grupales -durante el año '99- de la asignatura “Introducción a la Metodología y Técnicas de Investigación II” de la carrera de Antropología.

Ambas instancias produjeron un profundo análisis respecto de la relación entre la experiencia de investigación dentro del ámbito académico y la formación en

investigación en un determinado perfil profesional del antropólogo.

En éste sentido se logró la construcción de los trabajos grupales que aquí se exponen, como así una síntesis colectiva de lo trabajado en los talleres.

¿Cómo pensarnos?

Bensi, Ana Celeste; Jaurretche, María José; Pereira, María de Luján; Rimini, María Carolina

A partir de nuestra experiencia de Trabajo de Campo sobre estudiantes y su relación con el trabajo surgieron temáticas que nos hicieron replantear nuestra situación en la Universidad.

¿Qué significa ser estudiante? ¿Cuál es el rol del estudiante?

Encontramos que dentro de un Sindicato se considera al estudiantado como agente de cambio, como movilizador, una suerte de “vehículo para la concientización de la gente”. Sin embargo esto no es lo que se piensa dentro de la Universidad. Donde ésta es vista como aislada, inconexa con el afuera, tendiente al individualismo y a la fragmentación dentro de las propias carreras (incluida la nuestra). Un lugar en donde cada uno trata de “negociar” desde el individualismo con lo que la Universidad nos brinda. Vemos que esto también se corresponde en cierta medida con las políticas estatales que apuntan a la fragmentación y a la competencia, en vías de transformar a la educación en una empresa redituable, ajustándola a las necesidades del mercado. Ahora bien, ¿qué hacemos con esto?

Conceptos como alteridad, etnocentrismo, distancias, hermenéutica, respeto, parecerían cobrar sentido con esos otros tan lejanos como los kwakiutl, los tobas, los villeros, “los otros”. Nosotros hablamos de la antropología, la Universidad, el Estado como si fuésemos ajenos, y ¿el involucramiento? Y ¿la dialéctica? No somos estudiantes de antropología? No somos Universidad? No somos Estado? Y acaso, para los villeros, los tobas no somos nosotros, los estudiantes y los antropólogos esos otros tan lejanos?

El individualismo es tomado como algo natural en la Universidad, incluso en lo referente al Trabajo de Campo antropológico, donde muchas veces es difícil buscar la forma de devolver el saber construido a partir del otro. ¿Qué hacemos con los saberes construidos? ¿De qué forma operamos con éstos?

No encontramos demasiadas respuestas a esta situación desde nuestra formación y esto hace que siempre volvamos a nosotros mismos. ¿Para qué estudio? ¿Qué puedo hacer con esto? Incluso lleva a replantearnos cuestiones fundamentales con respecto a la carrera. ¿Cuál es el rol del antropólogo?

La antropología no debe restringirse a lo académico sino que debe ser extensiva a la comunidad. Significa no sólo dar cuenta de las diferentes realidades sino

«bajar su saber», ponerlo a disposición, recibir lo que llega de la gente y devolver aún mejores elementos que permitan comprender la realidad y transformarla. Y para esto creemos que es necesaria la construcción de espacios de discusión, contención y operación, que se articulen con lo que pasa afuera de la Universidad. Y para lograr este objetivo es fundamental comenzar con un debate interno de nuestro lugar como futuros antropólogos. ¿Antropología para qué? ¿ Antropología para quién?.

“Una reflexión acerca nuestra práctica antropológica ...”

Espósito, Guillermina; Gerbotto, Mariana; Prádanos, Virginia

Nuestra participación en este panel tiene que ver con la práctica de investigación que realizamos como estudiantes de Antropología en la U.T.D. (Unión de Trabajadores Desocupados) de la ciudad de Rosario, en el marco de la Cátedra Metodología y Técnicas de la Investigación II durante el año 1997, a partir de nuestra preocupación frente a la problemática de la desocupación.

Este trabajo fue una instancia de encuentro con el “otro” que nos permitió poder reflexionar acerca de nuestra formación como antropólogos, el lugar del “saber- otro” en las prácticas de investigación y la relación de dichas prácticas con las políticas sociales del Estado.

Este encuentro, al obligarnos a mirarnos en esta relación, nos permitió vernos como reflejo de esos “otros” que demandaban trabajo, ya que uno de los móviles más fuertes para llevar a cabo esta práctica fue el miedo a la desocupación. Desde la U.T.D. se aprovechaban los Planes Trabajar, los cuales eran vistos como “contratos basura”, aunque, sin embargo, les permitían sobrevivir. La U.T.D., como institución que agrupa a los desocupados, es un espacio de contención, que posibilita que se planteen distintas estrategias de lucha frente a las diversas políticas estatales.

A partir de esta realidad es que podemos analizar desde nuestra experiencia la relación de las políticas estatales con respecto al mundo del trabajo. Apareció así el cuestionamiento de por qué el Estado no se ocupa de los derechos fundamentales al trabajo, la salud y la educación, derechos que tendría que asegurar, sino que intenta frenar el conflicto de los trabajadores- desocupados con medidas de este tipo.

Revisando nuestra experiencia caemos en la cuenta de que en general en nuestras prácticas de investigación, consideramos a los registros antropológicos como una materia prima a la cual hay que transformar en un producto intelectual acabado, olvidándonos de que los mismos no son un mero reflejo de lo que piensan, sienten y viven los “otros”, sino que se construyen a partir de la relación entre nosotros y ellos. O sea, uno al registro lo trabaja, lo analiza, lo desmenuza pensando que allí se

encuentra el “otro” puro, esencial, nuestro sujeto de la investigación “en crudo”, siendo que en realidad en ese “material” también nos encontramos nosotros, investigadores, con todas nuestras cargas de supuestos, prejuicios, miedos, expectativas, etc.

Otra cuestión que surge de nuestra reflexión sobre el trabajo de campo es qué lugar le damos a estos sujetos y a su saber en las mencionadas prácticas de investigación. En relación a esto cabe una cita de Alcira Argumedo, quien inspirándose en ‘La conquista de América: el problema del otro’ de Tzvetan Todorov, nos dice: “Se trata de incorporar los datos de la realidad dentro de un marco comprensivo, para evaluar críticamente esas versiones que, al considerar sólo una parte de los procesos históricos, al desarticular los fenómenos sociales en múltiples espacios sin relación entre sí, al seleccionar unos rasgos y eludir otros, al jerarquizar los saberes parcializados, pretenden imponer una versión “científica” del relato de la historia que ve sólo el rostro del progreso y no el del espanto, que habla de una actualidad y de un nosotros de selectos e ignora o desprecia a ese otro que integran las masas populares de América Latina”. (Argumedo, 1996).

Porque justamente en el trabajo de campo lo que hacemos es ir a conocer, a escuchar, a aprender de los distintos saberes de los sujetos en cuestión. Consideramos que no es lo mismo realizar una investigación para rendir una materia solamente, que cuestionarnos acerca de desde qué lugar lo hacemos, qué valor le damos a los sujetos de la problemática y pensar de qué manera el trabajo puede ser apropiado también por los sujetos que participan en el mismo.

Nuestra formación en la Universidad actual no procura que nos cuestionemos estos supuestos en función de una clara política académica. En este punto, cabe desenmascarar la obviedad de que todo posicionamiento de uno como investigador social, y en nuestro caso específico como antropólogos, tiene que ver, y está sustentado en, un proyecto político que lo propicia, lo avala y lo legitima, determinando el para qué, el con quién, el por qué, el para quién y el contra quién de cada trabajo y proyecto de investigación que se realice, preguntas que creemos que cada uno de nosotros debería plantearse a la hora de comenzar cada uno de los trabajos que como estudiantes y antropólogos tenemos que realizar. A partir de la explicitación de las implicancias políticas que tiene nuestra inserción en el campo laboral podremos tomar conciencia de las decisiones que tomamos a cada paso de nuestro “quehacer antropológico” en el transcurso de nuestra formación de grado, desenmascarando a la vez los compromisos que asumimos como estudiantes y reflexionando acerca de los elementos que nuestra formación brinda para la conformación de los “valores” que se ponen en juego en cada práctica de investigación.

“... Colección de teorías’ puestas como en una ‘vitrina de conocimientos’...”

Benzi, Marina; García, Lorena; Salinas, Lucía.

Las políticas universitarias están reproduciendo políticas estatales más generales que generan vínculos no solidarios, en busca de la fragmentación, el desinterés por el otro, el individualismo, la competencia.

Una práctica universitaria que se construye en forma de “colección de teorías”, puestas como en una “vitrina de conocimientos” admiradas por los estudiantes que dan la espalda a los acontecimientos sociales actuales, es una práctica universitaria que avala esta política.

Creemos que nuestros estudios en general, en lo teórico y en lo metodológico, deberían plantear siempre sus temáticas en torno a aquellas problemáticas sociales actuales ya que, entendemos que el rol de antropólogo está en función y al servicio de éstas.

En nuestras prácticas de investigación predominó el aspecto técnico, si bien esto no deja de ser fundamental creemos que no podemos remitirnos solo a los libros. Y esto está en vinculación a una concepción del “lugar del otro” y del “saber del otro”. El lugar del otro, desde su cotidianeidad, desde su realidad debe ser el punto de partida y de llegada de cualquier proyecto.

Una universidad con todos los sentidos puestos en la realidad social, es una universidad atenta a los movimientos, búsquedas y organizaciones del conjunto de la sociedad.

La mirada puesta en estos acontecimientos serviría de advertencia, de alerta, de denuncia y de apuntes sobre las necesidades y orientaciones que toma el rumbo social para quienes están encargados de organizar y dictar políticas de Estado.

En nuestras prácticas de investigación se ponen en evidencia movimientos de este tipo. Vemos y escuchamos manifestaciones que reúnen a la gente por fuera de las políticas estatales.

En nuestro trabajo de campo entorno a la congregación del Padre Ignacio “descubrimos” que detrás del “fenómeno” religioso se gestó un movimiento para satisfacer necesidades desatendidas por el Estado. Así, un sacerdote de la misma congregación, el Padre Henry, expresa claramente esta ausencia y nos da cuenta de los proyectos en salud (odontología, masajes, médicos clínicos, talleres sobre violencia familiar, etc.), y vivienda que lleva adelante esta organización.

La falta de voluntad política desde el Estado hizo que la gente se movilizara para, frente a la crisis, trabajar entre todos y revertir la situación. La falta de líderes políticos, la ausencia de políticas municipales y provinciales, fue reemplazada por un líder religioso que es quien lleva adelante todos estos proyectos.

¿Por qué no se tocan ciertas temáticas en la Universidad, que relación existe entre este problema y las prácticas de investigación que se desarrollan dentro de la misma?

Rubinstein, María Ana

Los métodos, técnicas y teorías que se imparten en nuestra Universidad, muchas veces no son de utilidad y principalmente no se involucran con ciertas realidades sociales que a menudo se niegan y que por lo general en los primeros años se invita a los alumnos a que ni siquiera se toquen en los trabajos de investigación o preproyectos.

Tengo la sensación que a nivel Universidad no existe un espacio que se abra a la comunidad sobre problemáticas como la de los desaparecidos. Este tema en particular es víctima de una sistemática política de la negación, puesto que a pesar de que muchos somos hijos o familiares el tema no se toca dentro de la mayoría de las cátedras. En algunas ocasiones, esta actitud se justifica diciendo que las técnicas que se pretenden enseñar no son compatibles con esta realidad, no sirven para aprehenderla.

La Universidad se reduce entonces a una escuela especializada donde se imparten recetas sobre como abordar ciertas situaciones y cual es la más adecuada para cada una, donde muchas cosas, como en todo recetario, deben ser aprendidas de memoria. El mejor antídoto para todo aquello que involucre pensar, que nos invite a razonar, que nos distingue de una máquina y nos compromete.

“...Encontrar relación entre ‘la falta de participación’ y la ‘jerarquización de saberes’...”

González, María Paula; Oviedo, Mariano; Silva, María Luz.

Preguntarnos sobre nuestra identidad como Antropólogos Socioculturales, nos condujo a recordar el por qué elegimos esta carrera y a revisar cómo nos estamos formando. Tuvimos que repensar para qué sirve nuestra profesión, cuál es su especificidad, acerca del alcance y la utilidad del conocimiento que construimos, para quiénes y con quiénes lo construimos.

Si bien hoy podemos reflexionar con un poco más de profundidad el tema de nuestra identidad, queremos aclarar que estas inquietudes nos movilizaron desde el comienzo de la carrera, pero sin propuestas ni contención institucional. Dentro del ámbito de las clases y de los principales debates de la Escuela no se focaliza la discusión en lo referido al “quehacer antropológico”.

Esta falta confunde nuestra lectura al momento de distinguir el posicionamiento, principalmente de los docentes, con respecto al trabajo profesional. Discusión que no debería tener como fin anular la diversidad de opiniones que conviven en la Escuela, sino más bien, explicitar las posiciones con respecto a “temas fundamentales” en nuestra formación. Esta actitud, propiciaría un compromiso con nuestro propio posicionamiento como alumnos y una mayor apropiación de las herramientas teórico- metodológicas de nuestra disciplina.

Por estas razones nos parece necesario poner en discusión, como uno de los “ejes fundantes de la Antropología”, el lugar del “saber del otro”, en la construcción de conocimiento científico.

Intentando hacer un recorrido por nuestra formación podemos ver que existe una “jerarquización de saberes”.

Durante el años pasado, en la Cátedra de Metodología y Técnicas de la Investigación II”, del Tercer Año de la Carrera, trabajamos “la falta de participación de los alumnos en las clases de nuestra Universidad”.

Fue a partir de este ejercicio que pudimos complejizar la mirada y encontrar relación entre “la falta de participación” y la “jerarquización de saberes”. Existe un criterio de autoridad rígido que establece quién “posee” y quién “no posee” conocimiento. Este criterio “habilita” o “no habilita” la palabra, condicionando las relaciones interpersonales dentro del aula.

La lógica de esta relación se puede traspolar también al trabajo de investigación. En esta situación el saber del “estudiante universitario” se ubicaría por sobre los saberes de los sujetos de la problemática.

Si en la construcción de conocimiento en Ciencias Sociales intervienen nuestros supuestos, el referente teórico y el saber de los sujetos de la problemática, ¿por qué en nuestra Carrera, de 36 materias tenemos sólo 3 en las cuales salimos a Campo? ¿Qué lugar le estamos dando, en nuestra formación, a la voz del Otro? ¿Para quién estamos construyendo conocimiento si no escuchamos a ese Otro? ¿A qué intereses estamos respondiendo si subestimamos los valores de la gente?

Una de las razones por la que elegimos la Carrera fue el pensar que nos iba a formar para acercarnos a las “ problemáticas sociales” con herramientas para aportar a su transformación. Ante la realidad diferente que se nos presentó en la facultad, en algunos momentos resignamos nuestras expectativas y en cierta forma, también hemos reproducido sus relaciones y los valores que sustentan éstas.

Pensamos que, en gran medida, estamos construyendo nuestra disciplina desde el “descompromiso social”. Que estamos encerrados en nosotros mismos y que es urgente reflexionar autocríticamente.

“Diferentes prácticas de investigación en la formación de campo de la Universidad

Ravenna, Eleonora

Se considera que la Universidad es aquel espacio en el que se crea conocimiento científico. Para lograrlo, los integrantes de esta “comunidad” debemos, en algún momento, ser iniciados en la investigación. Pero “nuestros mayores”, ¿están dispuestos a realizar el rito de pasaje por el cual de ser simples seres humanos nos convertimos en científicos?.

Esta pregunta, irónica, abre muchas líneas de debate que por supuesto son imposibles de agotar.

Un punto que creemos fundamental a tener en cuenta, en tanto es la base de un proyecto educativo, es cuál es el lugar que deben ocupar las prácticas de investigación. Desde el Ministerio de Educación, baja un discurso que sitúa a la investigación como un eje central en la formación de los docentes. Todos corren a categorizarse, a presentarse en proyectos de investigación pero, lamentablemente muchos no por convicción, sino por extorsión. La extorsión que imponen las políticas neoliberales que nos quieren hacer creer en el “primer mundo”, en la excelencia del docente investigador, pero cobrando sueldos del inframundo, donde se introduce el darwinismo social del “sálvese quien pueda”, donde no se promueve la investigación colectiva, sino solitaria, individual, donde los que están arriba cada vez están más arriba, e imponen para permanecer en sus lugares, restricciones cada vez mayores a quienes pretenden formarse. Donde los parámetros para que te aprueben un proyecto de investigación pasan por “describir” y “explicar”. Y es en este mismo marco, donde hoy se está debatiendo si el grado debe ser una instancia donde los alumnos se deben dedicar a leer los “clásicos” dejando para los post-grados pagos el formar a quienes están interesados en investigación. Esto, que queda acá expresado está íntimamente vinculado con el segundo punto de nuestro debate, el lugar del saber-otro, en tanto no debemos buscarlo sólo afuera de la Universidad, sino también adentro, en quienes recién comienzan, en una visión menos estructurada por la misma práctica, como alguna vez escucháramos menos “contaminados” por el academicismo.

Todos estos conflictos están también en las aulas y creemos que asumen características específicas en cada Facultad. En muchos ámbitos se percibe que el saber es dado, no obstante no es posible generalizar. En nuestra Facultad y a su vez restringiéndonos a los ámbitos que conocemos, puede plantearse que en muy pocas oportunidades los docentes se interesan en posibilitarnos participar en investigación, tampoco, muchos de nosotros sabemos las trabas que deben sortearse una vez

que nos graduamos, ya que la realidad es que la mayoría de nosotros no vamos a encontrar inserción laboral dentro de la Universidad, ni como docentes, ni como investigadores y si logramos formar parte de un proyecto de investigación, debemos tener bien claro que de eso no vamos a vivir, que seguramente tenderemos que alternar la investigación con otro tipo de trabajo posiblemente poco calificado y menos remunerado, pero para el que sí exigen título universitario –todo esto si tenemos suerte de tener trabajo- o con la preocupación de conseguir alguna “changa” para sobrevivir. Y también tenemos que pensar que aquellos docentes bien intencionados que intentan lograr una mejor formación de los alumnos, también están limitados, porque si bien podemos ser becarios (como alumnos) de algún proyecto, el día que nos graduamos y debemos llevar el título de investigadores, a menos que trabajemos “ad-honorem”, las cosas se ponen bien difíciles para ser remunerados por nuestra labor.

Desde otro ángulo y retomando algo ya mencionado, debemos preguntarnos hasta qué punto los docentes y las autoridades universitarias consideran que la investigación es parte de la formación.

Sería tal vez importante estudiar estas cuestiones con una mayor profundidad y no sólo remitiéndonos al ámbito de la Facultad de Humanidades y Artes, sino ampliar nuestra perspectiva a la UNR, para intentar desde la base modificar prácticas perversas en las que nos vemos envueltos sin quererlo.

El lugar del “saber-otro” en dichas prácticas.

Tenemos la sensación que la Universidad forma profesionales que deben “intervenir” en diversos ámbitos y en esta práctica interactúan con otras personas, pero en esta relación ¿cuál es el lugar asignado a los demás?. Partimos de la idea que el saber, sancionado por el modelo hegemónico, es el saber científico lo que establece un lugar de poder y por lo tanto una relación desigual entre los sujetos intervinientes. Quien posee el conocimiento científico es el que determina que es lo que debe hacerse y lo que no, toma las decisiones, el otro es casi un sujeto pasivo; este tipo de práctica reproduce la desigualdad social en diferentes escalas.

Es difícil de desestructurar esta lógica, ya que está tan internalizada en todos que parece algo “natural”, muchas veces, por más que declamamos no acordar con esta situación, inconscientemente caemos en ella. Para los antropólogos en tanto interactúan con otras personas, esta problemática salta a la reflexión necesariamente, pero en otros campos donde el otro esta mediatizado a través de la escritura o de restos materiales, esta reflexión muchas veces no es considerada importante o es más, no es considerada. El otro “no puede defenderse”

“Una apuesta a la construcción de alternativas desde el ‘hacer colectivo’”

(Síntesis Final.)

Lic. Bianchi, Silvia; Brugé, Luciana; Caussi, Ana Cristina; Franquelli, Carla.

(Lo marcado entre comillas y en cursiva corresponde a enunciados extraídos de los registros de los talleres realizados).

A - Diagnóstico de la situación general actual. Contexto histórico-político de la Universidad.

La Universidad se expresa y se siente como “una isla”, “encapsulada”, un “submundo”, aislada del medio social al que pertenece, y por lo tanto sumergida en una profunda crisis.

Los actores políticos, responsables de la planificación de políticas académicas, de investigación y de formación niegan la crisis actual en tanto la reducen a meras cuestiones presupuestarias (bajos salarios, no incentivos a la investigación, falta de cargos rentados, etc.). Si bien, lo antes dicho encarna una demanda fundamental, la respuesta fue “sálvese quien pueda”... y en este sentido creemos que hay que ubicar un orden de responsabilidades en términos de los espacios políticos de poder: uno real, y uno potencial.

Enmarcado en el primero, legitimados en un poder instituido ubicamos la estructura de funcionarios: rectores, decanos, secretarios, consejeros y el claustro docente. Enmarcado en el segundo, el claustro estudiantil se representa como poder instituido en el espacio acotado de los ámbitos de co-gobierno, y como poder “potencial” en la medida en que pueda apropiarse de un espacio de intervención a través de una reflexión crítica permanente del modelo de formación que recibe y de su posibilidad de “ser- hacer” como sujeto implicado.

De esta manera uno de los ejes en los que se centró el debate en los talleres se condensa en los siguientes enunciados:

“A partir de las herramientas con las que contamos para pensar nuestra profesión... no sé si somos producto o también algo podemos hacer decir. De acuerdo a la formación podés pensar las fisuras... hay espacios que cuestan pero se pueden dar... poder meterse desde las fisuras”.

Cuando la reflexión parte del propio “ser- hacer”, se agudiza expresándose de la siguiente manera:

“Vos podés sentir la angustia de producir colectivamente, y después pasás a una más profunda angustia, cuando te obligan a proyectarte individualmente”.

“Porque lo colectivo no va en la Universidad, hay un aprendizaje en la fragmentación.”

“Reflexionando sobre la formación, durante la formación, te das cuenta de que no te dan todas las herramientas para poder pensar una construcción ‘real’ de este poder ‘potencial’.”

“ En este sentido, el grado de compromiso tiene que ver con lo que para vos significa el estudio.”

“El saberse transitorio hace que uno piense a la facultad como un ‘medio para’, lo cual hace que uno se desentienda de cuestiones más estructurales y no articule con otros en un proyecto de transformación de lo que no se desea:

“‘vengo a buscar un título’, ‘esto es una fábrica de profesionales’, ‘mi objetivo es irme lo antes posible’”

“ La Universidad es una porquería, pero te sigue dando cosas...por lo menos hasta hoy...mañana no sé”

En síntesis y de acuerdo al conjunto de investigaciones realizadas y experiencias debatidas, el claustro estudiantil de las distintas facultades se visualiza y el visualizado como un producto que expresa la cara siniestra de esta situación no ingenuamente oculta.

En segundo lugar si analizamos el poder real que detenta el claustro docente podemos ubicar a

“... una gran mayoría que se limita cómodamente a reproducir y cumplir prolijamente los preceptos y normas que exige el modelo económico y político que sostiene a las universidades.”

Incluso cuando algunos sectores minoritarios intentan construir un espacio de oposición al poder constituido se dice que éste sigue ganando por una cuestión de aparato, siendo inexistente una verdadera y profunda autocrítica política acerca de por qué se pierden elecciones, ya que desde sus programas políticos plantean cambiar la actual situación de la Universidad... nos preguntaríamos entonces qué se entiende por consenso, quiénes otorgan o quitan consenso...¿ cómo construimos consenso para cambiar esta situación?

Pensamos que si hay una crisis, ésta se inscribe en una sustancial crisis de valores, ya que en las facultades se consolida cada vez más el poder del statu- quo, que sólo legitima una determinada manera de “saber” y “hacer” conocimiento, generando y premiando -en la mayoría de los casos- el individualismo, los autoritarismos encubiertos, las cátedras feudo y el clientelismo político.

Creemos que el interrogante pasa por pensar -desde quienes promueven las posibilidades de cambio- desde qué lugar hacerlo y cuáles de los privilegios que otorga el sistema estamos dispuestos a renunciar.

Quienes de alguna manera resisten a esta situación expresan una profunda sensación de “disconformidad”, “vacío”, “discontinuidad”, “inmovilidad”, hacien-

do un mea- culpa hacia adentro... preguntándose “¿ para qué carajo sirvo?” enredado en un círculo del cual es muy difícil salir. Pareciera que la ley que hoy impera en la formación de un profesional universitario es “ sin patria y sin bandera” construyendo identidades desde un “cipayismo mercenario desde el cual sólo importa la carrera personal benéficamente adaptada a las leyes del mercado”.

Como fundamento teórico metodológico podemos mencionar trabajos de investigación realizados en los últimos dos años por estudiantes de la carrera de Antropología que abordaron la problemática universitaria, tanto desde la formación para la producción social y política de conocimiento, como desde la inserción como futuros jóvenes profesionales en el mercado laboral. Algunas de sus conclusiones nos dicen:

“De la profunda angustia y desestructuración que implica ser sujetos/ sujetos objetos del propio proceso de investigación... pensar que de ese otro formábamos parte”.

“...esto se complejizó de tal manera que perdimos los límites para poder diferenciarnos en esa relación estudiantes- sujetos investigadores... era tal la situación de angustia que hasta pensamos en dejar la carrera”.

Esta manera de describir la crisis, quizás desde las entrañas de la misma, va configurando una sensación de “soledad” y “orfandad” que sólo cuando puede problematizarse -hábito no cotidiano en las universidades- la respuesta sólo alcanza para decir: “la Universidad no es esto”...”pero estamos solos en esto”.

Otro de los trabajos aborda las perspectivas laborales en jóvenes universitarios planteando que esta problemática comienza en la escuela secundaria.

“Empezamos a pensar la relación educación- participación- trabajo, y terminamos trabajando desocupación”...”nosotros ya somos y seremos desocupados... ésta es nuestra identidad”.

En este sentido la problemática específica del estudiante universitario en relación al mercado laboral marca nuevamente la sensación angustiante de una Universidad aislada del medio, con una formación deficitaria y en crisis con sus contenidos y sus estilos pedagógicos de transmisión de conocimiento, constituyendo la cada vez más absoluta imposibilidad de estudiar y trabajar a la vez.

Otro de los trabajos de investigación realizados muestra la situación de expectativas y proyecciones con los que un estudiante ingresa a una carrera universitaria y cómo, en el transcurso de la misma, los distintos mecanismos institucionales le impone tener que desarrollar estrategias como “transar”, “negociar” ante la opción de “adaptarse o quedarse afuera”.

B- Contexto particular de la formación en la Escuela de Antropología de Rosario

Lo que sigue son enunciados subjetivos expresados en los talleres que creamos que por sí mismos dan cuenta del contexto particular al que se refieren:

“Putear contra el más fuerte... bla, bla, bla... y después no hacer nada: eso es la facultad”.

“Para los trabajadores, para la sociedad, los estudiantes organizan las políticas... todo, y los estudiantes acá: que la universidad está en crisis, que la universidad es una caída, que no se relaciona con la realidad”

“Desde las cátedras y los compañeros, están los que hablan y están los que acatamos... pero todo se reduce a una crítica barata”

“Si no me meto a discutir y a participar en la universidad, con qué autoridad moral me voy a meter en otro lado... éste es mi lugar cotidiano”

“No te encontrás en lo que producís”

“Queremos buscar un problema, no un lugar, y esa es una cuestión que te imponen, es una limitación grosa... el lugar elegido en un momento se corre de lo físico y pasa a abarcarlo todo”

“ Las primeras problematizaciones nos permitieron preguntarnos cosas que nos veníamos preguntando... pudimos objetivar el desconcierto”

“Esto significó reflexionar sobre nuestra propia práctica, el tema de investigación fue una buena excusa para esto”.

“Si no, ¿Para qué carajo sirvo?”.

“Esta es una experiencia de todos, es egoísta no poder exponerse”

“¿Usamos a la gente? ¿Qué herramientas políticas tenemos?... si acá en la facultad no hay formación política”

“ Las metodologías te ponen en llamas, es la práctica misma... es la trincheira... ahí construimos identidades. ¿Pero y las otras materias qué?”

“No hacemos trabajos colectivos ni retomamos esto... no nos formamos como trabajadores”

“ Los profesores deberían dar como bibliografía obligatoria los trabajos de los compañeros”.

C- A-cerca de la devolución...

“No hay contención institucional que permita problematizar -en los distintos casos- para poder devolver”.

“¿Qué autoridad moral tenemos para hablar por el otro en la Universidad?”

“El objeto de estudio no siempre puede venir a la facultad, entonces se abre un tema y no sabés qué hacer y ahí quedó”

“Nos terminamos mimetizando con la gente o hacemos el mea- culpa para

adentro y esto muchas veces hace a que se prioricen los vínculos personales a una producción colectiva”

“Hay una fuerte discontinuidad entre los distintos trabajos de investigación que uno realiza”

“Los antropológicos...¿somos mediadores?”.

“Es tan necesario debatir con la gente... la universidad debe generar esos espacios pero también debe generar espacios propios de reflexión... crear espacios de encuentro: si el otro no me entiende algún punto de encuentro del lenguaje hay que encontrar”:

“Cuando vas al campo... somos nosotros los que preguntamos, los que tomamos la palabra del otro como respuesta a nuestra pregunta, los que la interpretamos sin intervención del otro y hacemos conclusiones que ese otro nunca llega a conocer... y en esta escuela seguimos haciendo lo mismo, cuando desconocemos la voz de nuestros propios compañeros... o el docente la nuestra. La Antropología termina siendo un monólogo”.

Rosario, Junio de 2.000